

Reseña Ensayo

Una buena historia

FERNANDO SALMÓN (*)

BIBLID [0211-9536 (2003) 23; 385-390]

Fecha de aceptación: diciembre de 2002

Roger FRENCH. *Canonical Medicine. Gentile da Foligno and scholasticism*, Leiden, Brill, 2001. ISBN: 90-04-11707-5.

Roger FRENCH. *Medicine before science. The business of medicine from the Middle Ages to the Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003. ISBN: 0-521-80977-0 (Hb) y 0-521-00761-5 (Pb).

Reseñar el trabajo de un colega con el que se ha colaborado, no es tarea fácil. Menos aún si parte de esa colaboración incluyó largas reuniones en las que, ayudados por cantidades notables de alcohol, se discutía, *more scholastico*, sobre el impacto de los elefantes en el imaginario de nuestros antepasados latinos. Sin embargo, dos circunstancias hacen que celebre especialmente la oportunidad de comentar aquí estos dos trabajos. En primer lugar, el hecho de que se trate de los dos últimos libros de Roger French, fallecido, de modo inesperado, en mayo del 2002. En segundo lugar, que los dos libros, pensados a la vez, guardan una relación particular no demasiado común. El más reciente, *Medicine before Science*, parece un libro de notas de laboratorio donde, por si había dudas, se deja al descubierto la caja negra, no tan cerrada, del publicado con anterioridad, *Canonical Medicine*. Ambos exponen con claridad lo que ha sido el acercamiento a la historia de la

(*) Departamento de Historia de la Medicina. Universidad de Cantabria. Santander.

medicina de un autor peculiar, tan ajeno a las modas historiográficas como a las normas de etiqueta que rigen la industria académica.

¿Cuál es, pues, la hipótesis de trabajo que vertebra estos volúmenes? French creía en la medicina científico-natural que se desarrolló en Europa a lo largo del siglo XIX y que dio la base a la medicina que se estudia en nuestras facultades y se practica en los sistemas nacionales de salud occidentales. French creía en el valor diagnóstico de las imágenes que proporciona el escáner, en la capacidad curativa de la penicilina o en la necesidad de la inmunosupresión ante un trasplante de órganos. Sin embargo, el trabajo de investigación de French se centraba en el análisis de complicadas tablas astrológicas, en elaborados tratados sobre el pulso o en sutiles disquisiciones, donde las categorías de causa y efecto, potencialidad y actualidad tenían una trascendencia clínica importante. Si desde el modelo biomédico dominante en nuestro medio podemos albergar interrogantes sobre la eficacia de la mandrágora en el tratamiento de la fiebre, por su acción refrigerante o el papel del desequilibrio complexional en la producción del dolor, no quedan tantas dudas sobre el éxito social y profesional de aquellos que, tras formarse en los distintos *Studia* europeos, decidieron apostar por los probados beneficios terapéuticos de esta medicina y por su capacidad para dar razón de los procesos de salud y enfermedad. Numerosos trabajos en los últimos años han venido a demostrar la implantación cada vez mayor de estos profesionales universitarios como interlocutores de los poderes políticos y económicos de su época y como promotores de estructuras de control profesional.

Ahora bien, si sus métodos de diagnóstico y pronóstico no tenían ninguna base científica, si sus remedios, además de ser agresivos —sangrías, purgantes, eméticos— no curaban, ¿cómo explicar este éxito? La respuesta a esta pregunta es el hilo argumental que liga estos dos trabajos.

French desarrolla, en ambos casos, la misma tesis para explicar esta paradoja, entendiendo que no hay discontinuidad en lo que llama la medicina pre-científica. Según French, la respuesta estriba en que eran los propios médicos universitarios los que ayudaban a perfilar las expectativas de salud de sus clientes al construir, en paralelo a

su práctica, una buena historia, una historia convincente de qué era posible hacer y cómo. Una historia con la que el médico universitario convenció eficazmente a sus influyentes patrones, a las autoridades y al público en general, de la bondad de su producto. ¿Cómo? Con una narrativa que se apoyaba en dos ejes poderosos: el del conocimiento y el de la razón. Un conocimiento propio derivado de las autoridades clásicas en traducción latina y una manera de razonar característica, la propia del escolasticismo, basada fundamentalmente en la lógica aristotélica. Por eso French se refiere continuamente, en sus dos libros, a la *Good Story* que desgrana con paciencia de hábil negociante, el *Learned and Rational Doctor*. Utilizando, pues, las mayúsculas para indicar la restricción al sentido expuesto y también, lógicamente, para enfatizar la ironía de su uso.

En *Medicine before Science* queda muy claro que el libro es una ilustración, con distintos casos y un recorrido más cronológico que geográfico, de esta hipótesis. Por esto, lo que inicialmente se pensó como un manual general de historia de la medicina para estudiantes se ofrece ahora como algo distinto. No hay pretensión de exhaustividad sino una selección de casos que van apoyando de una manera atractiva e inteligente, la *Good Story* que ahora French nos quiere contar. Retórica práctica y teórica, normas éticas que responden a aspiraciones profesionales no demasiado altruistas, lucha por el monopolio sanitario y docente, control del mercado sanitario, desarrollo de complejas estrategias de inclusión y exclusión de prácticas y sanadores ajenos al sistema dominante, son algunos de los mimbres que conforman el entramado de la lectura propuesta. Se nota que French se encuentra tan a gusto en los puestos del mercado como en las aulas universitarias. Y es que para este historiador, no hay ninguna diferencia entre el mercader que ofrece a un público cortesano las más singulares mercancías traídas de algún lugar lejano y el profesor universitario que anuncia a sus alumnos la interpretación novedosa de algún oscuro pasaje de Galeno. Ambos se ganan la vida con su oficio y sus sueños de riqueza y ascenso social están puestos en él. No es novedosa esta interpretación, pero hoy día no es muy frecuente ni la aspiración a presentar una síntesis que pretenda ser más que una colección de estudios de caso, ni la rotundidad con la que se utiliza este acercamiento.

El volumen comienza en la Alta Edad Media y llega hasta el siglo XVIII pasando por la crisis de la tradición latina, aunque se detiene con especial detalle en el mundo medieval y renacentista. Hay un capítulo amplio dedicado a Hipócrates y a Galeno, pero como elementos con los que los hombres de las escuelas comenzarán a construir una historia en la que, con la creación de un *corpus* doctrinal y un código ético propio, la medicina abandona su carácter de negocio para dotarse de una significación más trascendente al lado de la filosofía natural.

En este libro es discutible casi todo, desde el marco interpretativo propuesto hasta la bibliografía utilizada, pero justamente por esto, es provocador y muy estimulante. Y además es oportuno. Resulta refrescante en este momento, en el que los historiadores y las historiadoras de la medicina pisamos con pies de plomo, sin atrevernos a salir de espacios cada vez más reducidos, donde los modelos interpretativos propuestos raramente fallan, pero de puro no arriesgar, de pura tacañería intelectual. Modelos donde, de entrada, se renuncia a cualquier pretensión de universalidad. La prudencia no es la característica de ninguno de estos dos volúmenes que apuestan con pasión por un hacer histórico ambicioso que se niega a aceptar mirar al pasado como una colección de hechos discretos.

Imprudencia académica y pasión a partes iguales van a ser los ejes conductores de *Canonical medicine. Gentile da Foligno and scholasticism*. El punto de partida del trabajo es común a muchos de los acercamientos a este período. El libro se centra sobre la actividad de un personaje real, Gentile da Foligno, sobre el que sabemos muy poco pero del que se conserva, además de otros trabajos que French apenas tiene en cuenta, un extenso comentario, de varios millones de palabras, a los cinco libros que componen el *Canon* de Avicena. El acercamiento de French es sumamente original y no por seguir las tendencias historiográficas de mayor actualidad, sino por colocarse pacientemente al lado de los *antiqui* y entrar en diálogo con ellos. De esta manera, el *sed tu dices* característico del método docente e investigador escolástico, pasa a ser un *dices-respondeo* entre el de Herefordshire y el de Foligno.

El resultado es fascinante e irritante en proporciones variables. Irritante, por el descuido con el que está construido el aparato crítico-

co, aunque estoy convencido que una mayor atención a la bibliografía secundaria y una mayor presencia de la misma en las notas, no habría hecho cambiar sustancialmente la historia que se cuenta en este trabajo. Fascinante, porque difícilmente un estudio de estas características es capaz de ofrecer un panorama tan vivo y tan sugerente de lo que significó el nacimiento y desarrollo de la medicina escolástica y el uso que de ella hicieron algunos de sus protagonistas.

French reconstruye la transformación de una práctica médica basada en rudimentos teóricos galénico-hipocráticos en un asunto de gran complejidad teórica y pretensiones de exclusividad en su uso, por parte de los médicos escolásticos; de esos hombres de las escuelas que no ignoraron el alto valor en el mercado del correcto razonamiento y la pública ostentación del conocimiento. La relación de los médicos universitarios con las autoridades clásicas, la creación de un *syllabus* propio de determinadas características, el apoyo en la filosofía natural, la adopción de unas determinadas técnicas de enseñanza y unos rituales académicos concretos, le permiten a French apostar por esta lectura. Tesis que refuerza con el análisis que presenta de la racionalización del diagnóstico y del marco teórico que justificaría numerosas intervenciones terapéuticas. El relato es sumamente atractivo aunque el hecho de que en la mayor parte de las notas no se incluya el latín, hace que el lector quede frustrado ante la posibilidad de hacer interpretaciones distintas a las que French presenta.

En cualquier caso hay un tema de fondo que French esquivo y que, en general, la historiografía prefiere no abordar. Para evitar la herejía del presentismo y todo tipo de anacronismos, cualquier historiador o historiadora ortodoxos sabe que no es correcto mirar a la medicina medieval con los ojos de un paciente contemporáneo. Tampoco es correcto preguntar si la medicina medieval diagnosticaba o curaba algo eficazmente. Cuando estos temas salen a la luz, la respuesta que se da a los ingenuos profanos, en general médicos, que se atreven a plantearlos, es que, como historiadores de la medicina, nos interesan las categorías de los propios actores históricos y no proyectar retrospectivamente las nuestras. A esto se suele añadir que el público medieval tenía unas expectativas concretas que eran resueltas satisfactoriamente por la oferta presentada desde el modelo hipocrático-galénico y que,

por lo tanto, no tenían porqué plantear ninguna duda con respecto a la eficacia de este modelo. «An answer to the question about the practical success of the scholastic doctor —escribe French— is best answered not in modern terms but in the categories of the times [...] The doctor's beliefs and actions helped to generate the expectations of those around him and his success lay in meeting those expectations» (p. 143). Perfecto. Pero, esto sólo es parte de una historia que escamoteamos porque no sabemos como plantearla correctamente. Y no sabemos plantearla porque utilizar los valores y las categorías de los actores históricos está muy bien, pero tiene un límite que no es anecdótico. Hay, por ejemplo, una preocupación que indudablemente no compartimos con ellos: nuestra vida no depende del arsenal terapéutico medieval o de una correcta inspección de la orina, y la suya sí dependía de esto. Y como dependía de esto, las estrategias retóricas desarrolladas por el *Learned and Rational Doctor* seguro que jugaban un papel importante a la hora de perfilar y satisfacer determinadas demandas, pero, no se nos puede olvidar que, antes como ahora, unos remedios curaban más que otros, que entre los médicos universitarios los había mejores y peores y que unas enfermedades eran benignas y otras, mortales. Creo que si French o cualquiera de nosotros hubiéramos necesitado de la medicina de Gentile, la *Good Story* habría sido sólo una parte de esta historia.

Roger French disfrutaba con un buen vino. Yo también. Y prefiero un vino con personalidad, incluidos sus defectos, que uno de diseño al que se le ha corregido para que cumpla todos los requisitos que caracterizan a un vino técnicamente perfecto. Este último será, aunque no lo parezca, un vino tramposo y, además, tan ajeno a la medida humana que necesariamente caerá pronto en el olvido. Porque para quedar, estimulando la inteligencia, hay que haber sido capaz de conmover la memoria del afecto.